



## Enterrados en plástico

En España se distribuyen cada año 10.500 millones de bolsas de plástico, la mayoría de ellas destinadas a un solo uso

**L**a escena me resulta familiar: sábado por la mañana, una gran superficie y quien esto escribe junto a su mujer circundando los lineales en busca de los productos de ocasión para llenar el carro. Poco a poco, el carrito empieza a rebosar con todo tipo de provisiones para una familia de tres hijos, un perro y un gato, que tiene cierta dificultad para llegar a final de mes.

Después de aparcarse el coche subimos los enseres a la cocina. Entonces comienza la operación de almacenaje de las vituallas, en la que también colaboran nuestros hijos. Lo que parecía un maná de alimentos y productos de limpieza, termina convirtiéndose en una no demasiado llamativa cantidad de artículos. Eso sí, sobre las baldosas del suelo se acumulan todo tipo de plásticos: bolsas, tapas, cubiertas de pa-



quetes, enganches para latas, más bolsas, nuevas tapas y cubiertas, otras bolsas más... Duele que semejante acumulación no tenga otro destino que la basura, porque apenas nos ha sido de utilidad durante un par de horas. Y duele porque su descomposición natural —en el caso de que acabara en mitad del campo y nadie la recogiera— podría extenderse durante más de un siglo.

Acabo de describir un sábado, que es el día en el que en esta familia hacemos la compra, pero también durante el resto de la semana utilizamos y gastamos todo tipo de plásticos, envases PET (ese material fácilmente moldeable con el que se elaboran botellas) y corcho sintético. Por su comodidad y bajo precio, nos hemos acostumbrado sin ningún tipo de medida al plástico y sus variantes. Es un elemento fútil de nuestro paisaje doméstico por más que no siempre sea necesario frente a otros materiales reciclables y de más barata elaboración.

La sobreabundancia de plásticos se ha convertido en un problema universal. Vayas por donde vayas, incluso en los parajes más recónditos, de pronto aparece una bolsa atrapada entre las ramas de un árbol, revuelta en la arena de una playa o rasgada por los espinos de

un matorral. Hace un par de años, los veterinarios del zoo de Jerez de la Frontera advirtieron el decaimiento de un hipopótamo. Aquel animal panzudo había dejado de comer y dormitaba con tristeza lejos de su charca de agua y lodo. En un primer momento pensaron que se trataba de alguna infección vírica. Después creyeron que se había empachado; y no andaban descaminados... Tras practicarle un lavado de estómago descubrieron que tenía la tripa atascada por

un buen número de bolsas de aperitivo. Lamentablemente, algunos de los visitantes del zoo, además de suministrar alimentos a los animales contraviniendo las normas, no se molestaban en sacar las patatas y otros tentempiés de sus correspondientes envoltorios: disfrutaban contemplando aquella enorme boca capaz de tragárselo todo.

Cada vez que ordeno la compra semanal entiendo que cada español consume una media anual de 240 bolsas de plástico. Al contemplar aquel gurrufío multicolor pienso en el proceso químico de alta toxicidad con el que se elaboran, que vierte a la atmósfera una cantidad nada desdénable de CO<sub>2</sub> (unos cuatro gramos por bolsa).

Los sábados somos muchos los clientes que nos agolpamos frente a

**Cada español consume una media de 240 bolsas de plástico al año.**

la cajera. Nos sentimos presionados a finalizar cuanto antes el pago de nuestra compra. Ante las miradas impacientes de los clientes que aguardan su turno, es fácil comprender que no es el mejor momento para calibrar si podríamos prescindir de dos o tres bolsas a base de colocar los alimentos y demás productos de una manera lógica y ordenada, sino de acabar cuanto antes y regresar a casa para intentarle sacar un poco más de partido al fin de semana.

En algunos países se han prohibido las bolsas de un solo uso. De este modo, los establecimientos comerciales sólo expenden bolsas biodegradables (mucho más caras y que van a cargo del cliente) que se destruyen de forma natural en apenas tres meses. Los residuos encontrados en el interior de diferentes especies marinas de gran tamaño (tortugas, mamíferos, peces) que aparecen muertas en el litoral, les ha llevado a tomar una medida drástica con la que pretenden frenar el daño que provoca su uso inadecuado, por lo que se ha fomentado la elaboración de envases fabricados a partir del almidón de la patata.

No parece fácil que el popular tubérculo pueda sustituir en poco tiempo a los derivados del petróleo que ahora jalonan ríos, montes y mares. Entre otras cosas, al igual que ocurre con los biocombustibles, el empleo del almidón en usos industriales podría invertir la producción y el precio de un alimento de primera necesidad, base

de las cocinas de medio mundo. Además, la elaboración de una bolsa de tamaño medio precisa de una cantidad nada desdeñable de patatas, lo que convierte al sustituto del plástico en un elemento sólo al alcance de economías de primer nivel. Porque es en el tercer mundo en donde los plásticos lo invaden todo. De hecho, los barrios pobres de las grandes urbes de los países en vías de desarrollo parecen asentarse en un marasmo de plásticos. No hay que olvidar que para muchos de los habitantes del tercer mundo un bidón —sin ir más lejos— puede llegar a ser un tesoro en el que almacenar agua, harinas o cualquier otro elemento de primera necesidad.

Así que me encuentro, un sábado más, frente a la pequeña montaña de desechos sobre el suelo de mi cocina. Podría emplear las bolsas como recipientes de la basura, pero no son suficientemente grandes ni su abertura abarca la boca del cubo. Podría conservarlas para darles un nuevo uso, pero el armario que hemos destinado a bolsas rebosa por sus cuatro costados. Además, se trata de bolsas con un diseño demasiado funcional para poder darles otra función que no sea la de volver a portar alimentos desde el supermercado hasta casa.

Y claro, en una familia con tres hijos, un perro y un gato... ¿Quién tiene cabeza para recordarlo cada vez que llega la hora de ir de compras.